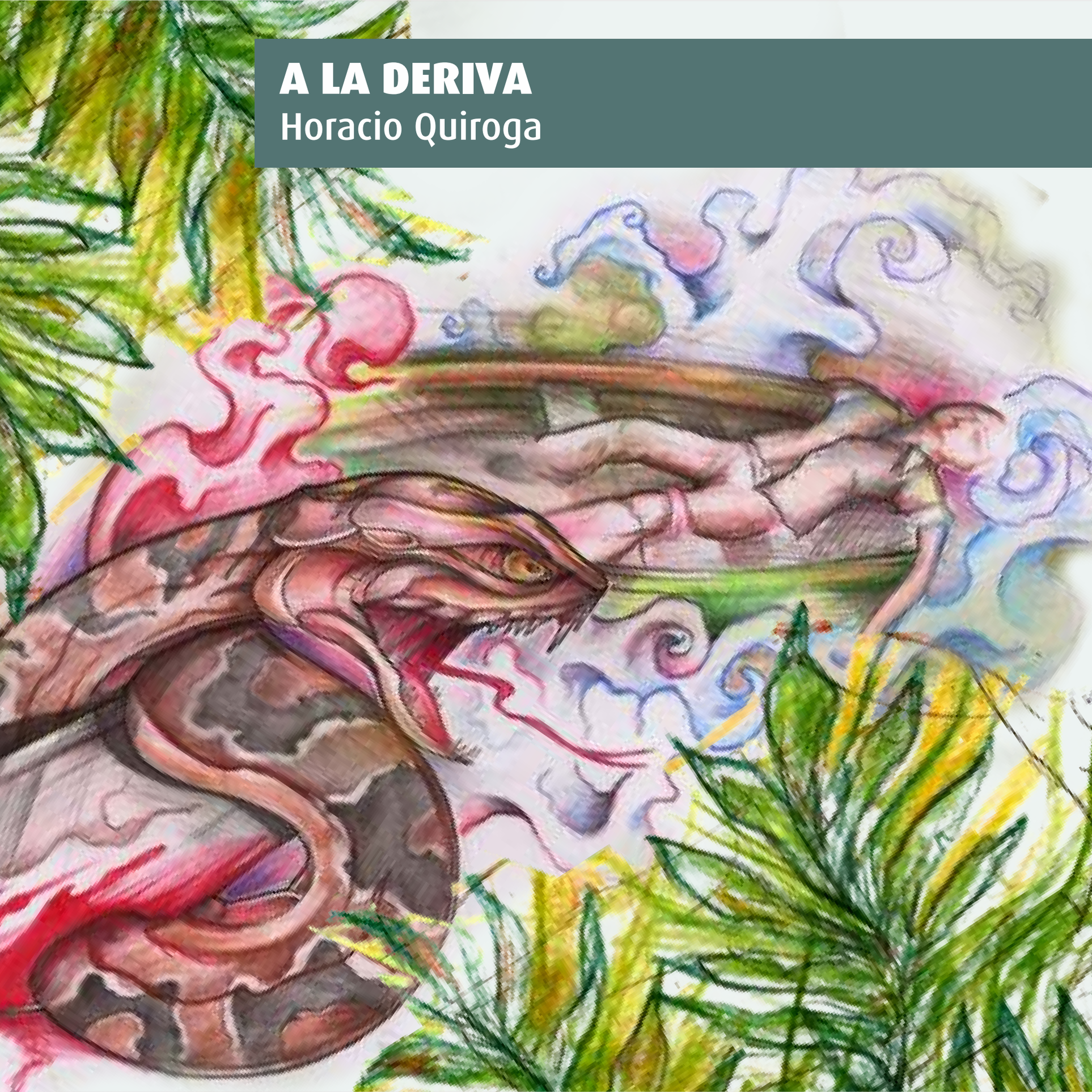
A LA DERIVA

Horacio Quiroga



Gobierno de Misiones

PARQUE DEL CONOCIMIENTO
BIBLIOTECA PÚBLICA DE LAS MISIONES

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MISIONES
Gobernador
Dr. Oscar Herrera Ahuad
Vicegobernador
Dr. Carlos Omar Arce
Presidente de la Cámara de Representantes
Ing. Carlos Eduardo Rovira

SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO SAPEM
Presidente
Dra. Claudia Noemí Gauto
Vice-Presidente
Arq. Alejandro Rodríguez
Directores
Lic. Sergio Libutti
CPN María Elena Cury
Santiago Roitbourd

BIBLIOTECA PÚBLICA DE LAS MISIONES
Directoral General
Arq. Iris Alejandra Gómez
Directora de Archivo y Documentación
Lic. Erica Mogdans
Selección y Revisión de textos
Rosita Escalada Salvo
Diseño e ilustración
D.G. Andrea Kozusny

bpm.parquedelconocimiento.com
biblioteca@parquedelconocimiento.com
@Biblioteca Pública De Las Misiones
@Biblioteca_CC
@bibliotecapublicamisiones

Primera Edición: 2011
Derechos cedidos por los autores.
Material de distribución gratuita.
Tel: +54 376 4597540
Ruta 12 y Av. Ulises López (Acceso Oeste)
Posadas - Misiones - Argentina

A LA DERIVA
Horacio Quiroga

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse, con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y saco el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensaciones de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la

pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

-¡Dorotea! –alcanzó a lanzar en un estentor-. ¡Dame caña!.

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! –rugió de nuevo- ¡Dame caña!.

-¡Pero es caña, Paulino! –protestó la mujer, espantada.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro, dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo...-murmuró entonces, mirando su pie, lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a la canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones

del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito –de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol, que ya transponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría llegar jamás él solo a Tucurú-Pucú y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacia mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la

picada en cuesta arriba; pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho. -¡Alves! –gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano- ¡Compadre Alves! ¡No me niegues este favor! –clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, atrás, siempre la eterna muralla lúgubre; en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, en asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún con su compadre Gaona, en Tacurú-Pucú?. Acaso viera también a su ex patrón mister Douglas y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también.

Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entre tanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Douglas. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueves meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración ...

Al recibidor de maderas de míster Douglas, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un Viernes Santo...¿Viernes? Sí, o jueves....

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y cesó de respirar.

QUIROGA, Horacio: A la deriva. Bs. As. Losada. 2005. pp60-63

Horacio Quiroga

(1878 – 1937)

(Salto, Uruguay,1878 - Buenos Aires, 1937)

Considerado uno de los mayores cuentistas latinoamericanos de todos los tiempos.

En 1909 se radicó en la provincia de Misiones, donde se desempeñó como juez de paz en San Ignacio, a la par que cultivaba yerba mate y naranjas y se dedicaba a observar la vida de los animales. En sus cuentos quedaron plasmados los personajes del lugar. Tuvo dos hijos en su primer matrimonio: Darío y Eglé. Luego de enviudar, se casó nuevamente y fue padre de otra niña: Pitoca. Hospitalizado en Buenos Aires, se le descubrió un cáncer gástrico, enfermedad que parece haber sido la causa que lo impulsó al suicidio, ya que puso fin a sus días ingiriendo cianuro.

Obras publicadas:

"Los arrecifes de coral", 1901
"El crimen de otro", 1904
"Los perseguidos", 1095
"Historia de amor turbio", 1908
"Cuentos de amor, de locura y de muerte", 1917
"Cuentos de la selva", 1918
"El salvaje", 1920
"Las sacrificadas", 1929
"Anaconda", 1921
"El desierto", 1924
"La gallina degollada y otros cuentos", 1925
"Los desterrados", 1926
"Pasado amor", 1929
"Suelo natal"
"Más allá", 1935

Jueves de escritores en la BPM

La edición del minilibro es el resultado de la actividad Jueves de Escritores, una iniciativa impulsada por la Biblioteca Pública De Las Misiones Parque del Conocimiento y coordinada por el área de Extensión y Redes. Tiene como objetivo primordial generar espacios de intercambio entre el escritor misionero y el lector. Este proyecto comenzó en el 2009 y a través del pivote de la experiencia de la escritura, se genera la difusión y la circulación de obras que incentivan la lectura. Hay que resaltar que las producciones también se editan en braille.

PARQUE DEL
CONOCIMIENTO

www.**parquedelconocimiento**.com